

 A. SANZ /
JOSÉ LUIS CANO
AL SERVICIO...

De todos los amigos poetas que tuvo, Vicente Aleixandre fue, sin duda, el más querido, al que estuvo más íntimamente ligado. En su libro, *Los cuadernos de Velintonia* (Cano, 1986 b) José Luis relató, a vuelapluma, las múltiples conversaciones que mantuvo con él en su hoy olvidada casa, desde 1951 hasta unos meses antes de su fallecimiento, el 13 de diciembre de 1984. Se impone quizá por ello recordar ahora, recién superados los treinta años de la muerte del Nobel, la importante lucha que Cano inició en 1995, junto a algunos amigos, para salvaguardar Velintonia del abandono y poder transformarla en lo que siempre fue: la Casa de la Poesía, un centro vivo de estudio y documentación de la poesía española del siglo XX. Lucha intensa, pero lamentablemente infructuosa por el manifiesto desprecio e ignorancia de nuestros políticos, al menos de los que han tenido la honrosa posibilidad de salvarla y no lo han hecho, que en todos estos años han sido muchos y de todas las tendencias.

Creo que todos los que tuvimos la fortuna de conocer en algún periodo de nuestra vida a José Luis coincidiríamos definiéndolo como un poeta verdadero que compartió generosamente todo cuanto tuvo y todo lo que le hizo libre: la poesía, el amor, la amistad, la belleza... Este magnífico monográfico de *Ínsula* será prueba de ello y

de nuestra más sentida y profunda gratitud por todo lo que nos ha legado.

A. S.—PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN DE AMIGOS
DE VICENTE ALEIXANDRE

Bibliografía citada

- CANO, J. L. (Ed, 1997): *Cartas desde el exilio (correspondencia con José Luis Cano)*, Prólogo de José Luis Cano, Valencia: Pre-Textos.
— (1986a): *Epistolario*, selección, prólogo y notas de José Luis Cano, Madrid: Alianza Editorial,
— (1986b): *Cuadernos de Velintonia*, Barcelona, Seix Barral.
— (Ed. 1992): *Epistolario del 27. Cartas inéditas de Jorge Guillén, Luis Cernuda, Emilio Prados*, Madrid: Versal.
— (2002): *Cuadernos de Velintonia*. Segunda edición ampliada e ilustrada a cargo de Alejandro Sanz, Algeciras: Fundación Municipal de Cultura «José Luis Cano».

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA / JOSÉ LUIS CANO: EL POETA QUE HIZO DE ESCRITORES Y LECTORES SUS PRÓJIMOS Y LOS NUESTROS

De «esencial» hubiera calificado a José Luis Cano el machadiano Pablo de Andrés Cobos, un hombre de *Ínsula* —«Don Pablo siempre estaba allí», se comentaba en la tertulia—, si hubiera tenido que hacer la semblanza de este poeta algecireño, nacido en la destartada calle Ancha que da la espalda al Peñón. Poeta de la Bahía, sus sonetos se fraguaron en los frecuentes viajes —«una vez por semana»— que con su madre realizaba hacia la colonia inglesa como solían hacer las clases acomodadas de la zona en un



 Bahía de Algeciras,
c. 1900.

tiempo en que la cultura inglesa formaba parte de la educación de los niños nacidos por los años en que lo hiciera José Luis Cano. Ya la primera edición del libro de Ana Aranda, *La arquitectura inglesa en el Campo de Gibraltar* (2006), muy ampliado ahora (Sevilla, 2014), ponía de relieve hasta qué punto la cultura inglesa permeaba el estilo de vida y la mentalidad de estas clases sociales que se reunían en el Hotel Reina Cristina de Algeciras o compartían los *bungalows* con *The Algeciras (Gibraltar) Railway Company LTD*, empresa que había construido el ramal ferroviario de Bobadilla a Algeciras y lo había inaugurado en la temprana fecha de 1892. Con seguridad no se ha hecho suficiente hincapié en esta singularidad de José Luis Cano, hijo de un militar que formaría parte de los sublevados en julio del 36 pero cuyo patriotismo, como el de su esposa, no era impedimento para que la familia gustara del *British Style*. Mas con estos gustos estéticos el niño José Luis, que luego marcharía a otra ciudad no ajena a este

mismo espíritu —Málaga—, se familiarizó pronto, adquiriendo sensibilidad por un espíritu liberal y cosmopolita así como por un espíritu cultivado.

Creo que fue María Victoria Atencia quien, en el homenaje que la revista *El Ciervo* (1987) dedicó a Cano, utilizó con mucho acierto la expresión «bien próximo a nosotros» para referirse a este poeta, creador de una república de escritores y lectores con la voluntad de que perviviera en el tiempo como el remedio más eficaz para la convivencia.

Efectivamente, imposible es resumir mejor con una sola frase el espíritu de aquel poeta que como poeta miró al mundo, dotado de un *amor intellectualis* compartido con Federico García Lorca a quien conocería por los años de 1928 o 1929 pues él mismo los señala con interrogación en los recuerdos ya lejanos que recogen *Los cuadernos de Adrián Dale (Memorias y Relecturas)* (1991). Ese amor tan intelectual como humano se concreta en el culto pleno de y por la literatura. José Carlos Mainer lo ha señalado con mucho acierto: «Su fe en la literatura era enorme. La concebía como la más alta expresión de la vida humana y como el lugar casi físico donde podían encontrarse los cómplices de aquella fe» (1999). Mas, como el propio José Luis dejó escrito, esta fe se acrecentó en su contrario: el escepticismo. Era necesaria una voluntad de volver a la vida, de rehacerla aunque fuera agónicamente a la manera de Unamuno siempre presente aun en ausencia, para convertir a la literatura en auténtica fuerza de salva-

ción. Su cultivo era propiamente una misión como sostuvo Ortega para la universidad o como realizarían los escritores amigos del 27 y otros tantos intelectuales del brote humanista con la poética que se generó hacia mediados de los años treinta y que alcanzó a una parte de la filosofía ya que no a toda.

Fue desde esta profunda convicción, adquirida desde temprano —«la infancia es la patria del poeta», dejó dicho Cano al hablar de su encuentro con Dalí—, cultivada durante la juventud en la convivencia de sus años malagueños de poetillas con poetas: Emilio Prados, Altolaguirre, Lorca luego y hasta Vicente Aleixandre, con quien compartiría tantas horas en Velintonia como se forjó su aproximación a la historia de España, tema de poetas de todas las generaciones desde finales del XIX hasta bien avanzado el XX, incluida la poética de la posguerra. José Luis Cano formó parte de esa reflexión en dos vertientes: como creador y como lector para lectores. La antología publicada en 1979 resume un ejercicio intelectual, erudito ciertamente, pero dotado de esa convicción que alcanza al sentido moral tanto como al político, ambos irrenunciables. Con acierto, la propia revista *Ínsula*, heredera de este legado, ha dedicado el número de agosto de 2014 a formular una revisión de la reciente poesía al tema de España en el que no podían faltar los ojos de José Luis Cano tras sus eternas gafas de pasta que servían para mitigar su continua tendencia a la autoexclusión del primer plano de cualquier escena.

Así pues, las épocas de la historia elegidas, los autores seleccionados y la óptica desde la que se realiza el acercamiento constituyen, en los ensayos de Cano, una unidad que no excluye ni el rigor de un lector conciencizado que tuvo la oportunidad de poseer libros que no estaban al alcance de casi nadie, como nos confiesa a propósito de la primera edición de *La muerte de Abel* de Gessner; ni excluye el propósito de trazar una línea entre lo estudiado y el lector al que se dirige, en una línea de proximidad que los convierta en prójimos reales, necesitados el uno del otro por más que pertenezcan a tiempos distintos. Por ello, la obra nunca esconde a su autor, más bien lo contrario, pues este se convierte, en la prosa de Cano, en una persona digna de ser apreciada y hasta querida. Historia literaria, pues, de España como la redactada por Marcelino Menéndez Pelayo quien ya había escrito sobre «los heterodoxos» y no propiamente sobre las heterodoxias, orientación que le habría conducido a una historia teológica o doctrinal. Mas, claro está, Cano sí prescinde de la apologetica del santanderino para transmutarla en proximidad a «sus» heterodoxos y prerrománticos, por ser ellos la España creíble y amable que le llevan a peregrinar, como en el caso de Álvarez Cienfuegos, hasta su cementerio en Orthez. Nunca hubiera hecho esto el cántabro.

En tres periodos se fijó con la excepción muy interesante del capítulo dedicado a Erasmo en sus *Cuadernos*, al comentar el libro que dedicó al fraile y humanista holandés Erasmo de Rotterdam Stephan Zweig. Texto breve, como casi todas las cosas de José Luis Cano, pero con profundas reflexiones sobre los virajes que la historia va realizando hasta llegar a donde nunca se pensó pudiera hacerlo, incluido el origen del liberalismo. Dos de estos periodos podríamos calificarlos, con la expresión de Ortega y Gasset que utilizaría también José Gaos, de «épocas deslucidas»: me refiero, en primer lugar, al tiempo que va desde las dos últimas décadas del siglo XVIII hasta las primeras del XIX; en segundo lugar, a las décadas que siguieron a la guerra civil de 1936. Deslucidas ciertamente desde el punto de vista político, adquieren luz propia cuando el lector se aproxima, guiado por la pluma de Cano, a algunos de sus personajes. Anónimos casi en el tiempo en que vivieron, se acercan a la categoría de clásicos, una vez son recuperados por aquel niño —ahora adulto— de formación casi inglesa que nunca renunció a ser un ciudadano en busca de «hombres de otro tiempo

cuyo talante era patriótico, progresista, liberal, tolerante», [esperanzado] «en lo mejor de una España que fue y que no se cumplió, pero que —acaso— revive esperanzadamente cada siglo», dicho con las palabras de María Victoria Atencia en su artículo ya citado. Para estudiar el primero de ambos hubo de valerse de las bibliotecas; para el segundo, él mismo construyó una biblioteca impulsando los premios Adonais y el ingente proyecto, ya insustituible para conocer la historia cultural de España (de las Españas) a lo largo de medio siglo, exactamente hasta su fallecimiento en 1991, de la revista *Ínsula*, sin olvidar esa joya que forman sus «apuntaciones» de la tertulia de mesa camilla en casa de Aleixandre para entender parte del franquismo y los primeros años de la transición. Y, claro está, su propia obra de creación poética.

El tercer periodo, del que es lector entusiasta, testigo de primera fila y estudioso consumado, lo constituyen las fructíferas décadas que van del final del XIX a la generación de 1936 en la que él mismo ha sido incluido. Ahí las figuras de Juan Valera y Manuel Azaña constituyen el principio y final de un periodo liberal en el que no fue casual que el político de la República dedicara una de las mejores monografías al escritor y embajador de España en tantos países, Juan Valera, fallecido al conmemorarse el tercer centenario de la publicación del *Quijote* en 1905. Entre uno y otro apenas le quedó nombre alguno por estudiar y recordar, aunque sus preferencias están en personajes como el propio Valera, Azorín y Valle Inclán del 98, incluido Antonio Machado, un noventayochista de no fácil encasillamiento en el tiempo, al igual que Juan Ramón Jiménez; de los poetas que fueron amigos, es decir, los del 27, seguramente no quedó ninguno que no mereciera el aprecio de su atenta lectura, traducida luego en juicios serenos y equilibrados sobre su obra. La figura de Manuel Azaña cierra sus reflexiones como síntesis de esa España que se quebró en la propia literatura y fuera de ella. Por supuesto, estuvo muy atento a la escritura de novelistas, ensayistas y poetas de otras lenguas, principalmente de las próximas Inglaterra y Francia, rememorando aquel viejo ferrocarril que los ingleses construyeron para hacer posible que se viajara de Algeciras a París cruzando la península entera y casi la mitad del vecino país.

Sobre ese periodo de finales del XVIII, trágicamente interrumpido por una guerra que fue, a partes iguales, civil y defensiva contra la invasión napoleónica, recogió varios trabajos bajo el título de *Heterodoxos y prerrománticos* que he podido leer en la edición de 2007 (reeditada en 2011). Publicado a mitad de los setenta, coincidiendo con el final del franquismo, casi una veintena de años desde que viera la luz el famoso libro de Sarrailh, dedicado a la segunda mitad del siglo ilustrado, pero con antelación suficiente al buen número de investigaciones que se han sucedido desde el bicentenario del fallecimiento de Carlos III (1788-1988). Así pues, casi pionero en los estudios sobre ese periodo, en una época en que el Siglo de las Luces no contaba con buena prensa por ser, para los sectores más recalcitrantes aún existentes por aquellos años, extranjerizante; o, sencillamente, por la inexistencia de Ilustración en España para las jóvenes generaciones de los años sesenta. Tan solo algunos adelantados como Vicente Llorens,

J. L. MORA
GARCÍA /
JOSÉ LUIS CANO:
EL POETA...



Tomás García,
Darío Carmona, José
Luis Cano y Emilio
Prados (Málaga, 1929).

J. L. MORA
GARCÍA /
JOSÉ LUIS CANO:
EL POETA...

Goytisolo y pocos más se acordaban de personajes tan importantes. Aquel estado de cosas aumenta el valor de esta aproximación de José Luis Cano a figuras como Moratín, Cienfuegos, Goya, Blanco White, José Somoza o Quintana; y a las traducciones del alemán Gesner, principalmente *La muerte de Abel* (aquella obra que confesaba poseer en su biblioteca, traducida en 1785), cuyo texto nos hace la merced de transcribir como expresión de esa generosidad de prójimo, así como las *Reflexiones sobre la Poesía* (1787) de un tal Philoaletheias, seudónimo tras el que, confiesa, no saber quién se esconde. Creo percibir que fue la figura de Nicasio Álvarez Cienfuegos por la que sintió un especial aprecio, justamente por ser poeta: «para que resalte con más vivo relieve el tiempo crítico que le tocó vivir, y las circunstancias trágicas en que se encontró su alma de hombre sensible que amaba a la humanidad, a la que deseaba ver feliz, y que no albergó nunca odio por ningún ser humano» (p. 43).

Son, pues, trabajos en los que, junto al comentario filológico y a la contextualización histórica se resaltan los valores ideológicos de la obra y se busca que el lector sepa que tuvo prójimos que, mucho antes de que él naciera, ya arriesgaban su vida por la libertad y por los valores que definen el progreso. En este sentido es interesante el capítulo que dedica a los viajes ilustrados de viajeros españoles. Le sirve de motivo el libro de Gaspar Gómez de la Serna, *Los viajeros de la Ilustración* (1974) como propuesta pedagógica para el conocimiento de la propia patria y su mejora: la naturaleza, la economía, el arte, la literatura, la filosofía, la ciencia, la gente constituyen esa realidad nacional que debe ser conocida de manera crítica, mas nunca pesimista o desesperanzada. Cano comenta con el autor del libro cómo la invasión napoleónica destruyó la *concordia española* «y todas las posibilidades de reforma sin violencia y sin sangre» (p. 116) y por ello concluye con una reflexión sobre la ingenuidad de Jovellanos quien no se habría dado cuenta de que el partido triunfador contra los franceses cumplió lo ya sabido: «la vieja consigna de *vivan las caenas*» (p. 117). Ensayo, pues, este de José Luis Cano escrito como defensa de la concordia ilustrada y como remedio contra la ingenuidad.

El año 1966 había publicado una recopilación de ensayos, microensayos como casi todos los suyos, próximos al artículo de revista cuyas dimensiones parecían adecuarse perfectamente al tiempo y al espacio que cada tema parecía merecer, y al ensayo, propiamente dicho, que incluye una aproximación más elaborada con la prueba, incluida al menos implícitamente, como garantía de que el trabajo está elaborado con materiales, históricos y textuales, explícitos. *El escritor y su aventura* (1966) recogía más de cuarenta textos divididos en dos partes: autores españoles en la primera, extranjeros en la segunda. Unos años antes, 1960, había publicado en la revista *Humanidades* de la Universidad de los Andes (Venezuela) un artículo titulado «Rubén Darío y Don Juan Valera» que anticipaba ya su línea de trabajo que tendría su prolongación en tres capítulos dedicados al escritor andaluz recogidos bajo el lema: «Valera, siempre actual» (p. 37), sufridor de la pobreza española pero dotado de fina ironía para no decaer en la

lucidez del juicio y suavizar sus contradicciones. Con seguridad, en Valera encontraba al humano, siempre humano, al que podían perdonarse pecadillos a cambio de que nos ayudara a combatir esa pobreza alimentada de beatería que debía parecerle la muerte en vida. Desde Valera, José Luis Cano camina por Menéndez Pelayo, la condesa de Pardo Bazán, con quien Valera mantuvo la polémica sobre la novela que recibió el sonoro título de «cuestión palpitante», Azorín, Baroja, Ortega y Gasset, incluyendo a su Álvarez Cienfuegos, olvidado en su centenario, hasta llegar a dos americanos también siempre actuales: Alfonso Reyes y José Martí. No le pasa desapercibida, en un cuidado ensayo, la traducción realizada por Emilio García Gómez,

arabista vinculado al Centro de Estudios Históricos, de *El collar de la paloma* de Ibn Hazm que fue prologado por José Ortega y Gasset y con el que Cano nos situaba en Andalucía y en sus raíces musulmanas. Será, a propósito de la figura de Richard Ford y su viaje por Granada hacia 1830, cuando José Luis Cano nos descubra el secreto de este libro que lo es fundamentalmente sobre el hombre que ama. Con Chateaubriand nos dará la clave no explícita hasta ese



Homenaje a los poetas de Adonáis en el Instituto Británico, Madrid, 1948.

momento, pues había sido el autor francés quien escribiera en el prólogo a *El último Abencerraje*: «Recorrí la antigua Bética, donde los poetas habían situado la felicidad» (p. 245). El amor es, sin duda, el hilo conductor de estos ensayos: los amores de Valera muy al estilo del siglo XIX, algo impúdicos; los estudios finos de Ortega y Gasset, los trágicos de Mariana Pineda, los de Turguenev y Paulina García, los de Byron y Teresa Guiccioli, de Goethe y Bettina Brentano... En definitiva, el escritor y su aventura humana como base de la escritura siempre al Sur, el de Andalucía y el de Italia, mas en definitiva, el Sur como si fuera el lugar de la plenitud literaria a fuerza del amor y su aventura a la que fue no ajeno el propio Cano. Con seguridad no olvidó nunca el Mediterráneo ni la luz de la bahía con anterioridad a su industrialización. Debía ser algo parecido al paraíso.

Los ensayos de este primer volumen tendrán su prolongación en otros tres publicados a lo largo de los años setenta, si bien algunos estaban ya escritos con anterioridad. Así: *Españoles de dos siglos. De Valera a nuestros días* (1974); *La poesía de la Generación del 27* (1970), algunos de cuyos trabajos habían aparecido ya en *Poesía española del siglo XX: de Unamuno a Blas de Otero* (1960) y su biografía *Antonio Machado* (1975). Toda una historia de España, de la literatura pero de mucho más que de literatura si es que esta no lo abarca todo. Construida sobre un entrelazado de relaciones con un personaje dominante en cada momento: Valera de nuevo, Rubén desde su llegada a España, Juan Ramón, presencia constante y... Azaña, quien habría soñado una República liberal para un pueblo hambriento, por igual, de cultura y justicia. Viajero a Barcelona en defensa del catalán en los años veinte, se encontró luego con la autoproclamación de independencia de Companys que fue un golpe a la propia República lo mismo que la revolución de octubre del 34 que radicalizó al partido socialista, aliado de Acción Republicana, y con esta acción se desataron todos los demonios. Terminó en drama como todos sabemos esta

aventura del intelectual que «emprende una acción política por transformar una forma de vida nacional» (p. 243) y con ese drama se identifica el propio José Luis Cano que dedicaría su vida a intentar superarlo no pudiendo quedar del todo ajeno a sus consecuencias al verse obligado a vivir, después de todo, en la ínsula construida por él mismo que ni isla llegó a ser. Ahí estaba toda la historia

Con seguridad, el libro dedicado a la «generación de la amistad» se halla entre los trabajos más conseguidos e importantes de José Luis Cano. La poesía fue su vida y los poetas fueron sus propios amigos. Era un mundo familiar para él desde la perspectiva filológica y desde cualquiera otra. Todos aquellos de quienes habla eran amigos suyos, todos debieron a Cano testimonio de gratitud pues es aquí donde lo próximo alcanza el valor moral que lo define como un prójimo y hasta samaritano y así lo fue para muchos de ellos calladamente pero radicalmente comprometido con sus causas, personales o literarias, sin buscar nada a cambio. Mas esta cercanía no le condujo a la complacencia sino al conocimiento y a la lectura. José Luis Cano los leyó a todos y leyó todo, por eso sus ensayos son una fuente inagotable para un estudio de recepción de los poetas del 27. Entre los poetas Antonio Machado vino a significar la dimensión humana frente al simbolismo intelectualista juanramoniano, un eslabón entre el modernismo y la rehumanización de la poética. Su biografía se lee como si se estuviera tocando o viendo al poeta ante sus complementarios, sus cantares o sus posiciones políticas. Además, Cano tuvo la ventaja de contar con muchos testimonios orales, con documentos de primera mano y con cartas importantes que le ayudaron a descubrir dimensiones humanas de los escritores y hasta hacer de él un escritor imprescindible.

Va reconstruyendo las redes de relaciones que vivieron y dota a la historia literaria de una racionalidad que lejos de borrar al escritor y su circunstancia lo hace imprescindible para entender su escritura y su acción social. Un buen antídoto contra las famosas, por entonces, teorías de la muerte del sujeto. Como si la historia de España fuera incomprensible sin conocer los entresijos de las pequeñeces humanas y de la grandeza de la capacidad creadora de sus pensadores. Los trabajos sobre esta edad de plata, calificativo ya acuñado por Jover Zamora, Mainer y, al parecer, cuya paternidad se debe a Giménez Caballero son, en la pluma de Cano, absolutamente imprescindibles.

Tuvieron su prolongación, al hablar de la generación de la posguerra, en *Poesía española contemporánea. Generaciones de posguerra* (1974). Época deslucida por antonomasia, tiempo de ínsulas, refugios diminutos sin nombre alguno ni rótulo que indicara su ubicación. Era cuestión de supervivencia. Encontramos entonces claves casi secretas para la comprensión de la personalidad de sus autores en las cartas que Cano recibió de Emilio Prados, Jorge Guillén y Luis Cernuda y, sobre todo, aunque por pudor no publicara las enviadas por él, para conocer realmente la propia personalidad de José Luis Cano. Fue durante estas décadas cuando se le puede llamar prójimo en el sentido preciso del término, alcanzando un nivel moral que no por ello renuncia ni a la competencia como editor, ni como crítico literario o como persona de compromiso con una de las historias de España: la liberal. A un lado, los poetas y escritores que aquí habían quedado para quienes crea el premio Adonais; al otro lado, los exiliados. En medio, las cartas que cruzaban el Atlántico. Mas para que no se perdiera la dimensión pública de aquellos y desde aquí se mantuviera un «puente», creó con Canito la revista *Ínsula*, también imprescindible, como lo es la obra completa de Cano. Aquí se escribía sobre España como lo hacía Blas de Otero pidiendo «la paz y la palabra», lo hacían Vicente Gaos, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre que le confesaría que no habría soportado no hablar en castellano, José Hierro, José Ángel Valente,

Rafael Morales y todos los demás, incluido Aquilino Duque que mantuvo su agradecimiento al creador de Adonais aunque sus trayectorias personales terminarían por diverger. Al otro lado, lo hacían Manuel Andujar, Max Aub, Altolaguirre, Cernuda, Prados, Guillén... pero también María Zambrano, José Gaos, Eduardo Nicol o Francisco Ayala a quien ya había dedicado un capítulo tras hablar de Azaña, como puente, a su vez, entre los creadores y los hombres de teoría. Todos ellos encontraron lugar en la minúscula *Ínsula* y en las páginas de José Luis Cano, hombre de paz y palabra, dispuesto a darlas aunque no se las pidieran o lo hicieran de malos modos como a veces, con un punto de soberbia, hacía Cernuda, quien terminó, no podía ser de otra manera, siendo prójimo del propio Cano.

Su dimensión como ensayista no puede ser entendida sino en esta triple dimensión del estudio, la amistad y el sentido moral de la vida. La literatura se eleva así a su plena dimensión y, entonces, se vuelve imprescindible. Precisamente por esto, Don Pablo, aquel maestro machadiano, discípulo de Blas Zambrano y amigo de tantos exiliados, expelido a la misma ínsula que Cano... siempre estaba allí. Fueron dos personas íntegras. No hubiéramos reconocido a uno sin el otro. Para nosotros, ambos imprescindibles.

J. L. M.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Bibliografía citada

- ATENCIÓN, M. V.: «Otoño en Málaga y otros recuerdos», *El Ciervo*, n. 442, 1987, p. 16
- CANO, J. L. (1960): «Rubén Darío y Don Juan Valera», *Revista Humanidades*, año II, Tomo 2, n.º 6, abril-junio. Mérida (Venezuela): Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de los Andes, pp. 153-158.
- (1966): *El escritor y su aventura*. Barcelona: Plaza y Janés.
- (1970): *La poesía de la Generación del 27*. Barcelona: Labor.
- (1974a): *Españoles de dos siglos. De Valera a nuestros días*. Madrid: Seminarios y Ediciones.
- (1974b): *Poesía española contemporánea. Generaciones de posguerra*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- (1975a): *Antonio Machado*. Barcelona: Destino.
- (1975b): *Heterodoxos y prerromántico*. Madrid: Júcar. Existen ediciones de 2007 y 2011.
- (1979): *El tema de España en la poesía española contemporánea*. Madrid: Taurus.
- (1991): *Los cuadernos de Adrián Dale (Memorias y Relecturas)*. Madrid: Orígenes.
- MAINER, J. C. (1999): «José Luis Cano en su *Ínsula*», *Almoraima*, 22, pp. 33-47.
- MORA GARCÍA, J. L. (2006): «El significado de *Ínsula* en la cultura y filosofía españolas de la segunda mitad del siglo XX (1946-2000). Un puente con el exilio» en VV. AA., *Pensamiento español latinoamericano contemporáneo*, II, Editorial Feijoo / Universidad Central de las Villas (Cuba), pp. 79-112. Puede consultarse en www.cervantesvirtual.com
- (2014): «José Luis Cano: poética y moralidad. ... desde la amistad...», *Archiwum Historii Filozofii i Myśli Społecznej*. Archive of the History and Social Thought, Número especial dedicado al pensamiento iberoamericano, 58 / 2013 (Suplement), Instituto de Filosofía y Sociología de Varsovia, pp. 179-197.
- OCAÑA, M. (COORD.) (2001): *Historia de Algeciras*. Cádiz: Diputación de Cádiz. Principalmente el tomo 3 dedicado al arte y cultura en Algeciras y las páginas sobre José Luis Cano: 241-262.

J. L. MORA
GARCÍA /
JOSÉ LUIS CANO:
EL POETA...